

Señora Tentación

Josefina Mac Gregor

Días antes de iniciar esta reseña, casualmente escuché en radio una brevísima entrevista que le hicieron a Gabriela Cano sobre este libro; la conductora concluyó su labor comentando que Elena Arizmendi, la mujer que motiva la obra que nos ocupa, trabajó *más allá de sus posibilidades* para fundar la Cruz Blanca Neutral. De inmediato pensé que nadie puede hacer algo más allá de sus posibilidades, sino que porque está dentro de sus posibilidades es que lo puede hacer. Por supuesto, las perspectivas no son iguales para todos; en un mismo horizonte histórico son muchos los factores que intervienen para diferenciarlas. Condiciones sociales, políticas, económicas, culturales, y aun las características personales son definitivas.

Como estaba leyendo el texto cuando escuché la entrevista, pude percibir que la excelente investigación realizada por Cano nos permite apreciar cuáles son esas circunstancias, en las primeras décadas del siglo XX, que hicieron posible que una mujer se ocupara de su formación profesional, de fundar una institución que atendiera a heridos y enfermos, de promover asociaciones femeninas y feministas, de escribir; todo ello sin olvidar su vida emocional y sexual. Circunstancias mexicanas y estadounidenses, que, en diferente medida, limitaban y, a veces, propiciaban el desarrollo personal de las mujeres.

Pero vayamos un poco más despacio: Elena Arizmendi fue la amante de José Vasconcelos entre 1911 y 1914, en plena ebullición revolucionaria; su pasión parece coincidir con la del momento que México vivía. El mundo interesado en la política y los primeros años de la Revolución la conoció como Adriana, cuando Vasconcelos dio a conocer sus memorias en los años treinta. Aunque el

maestro guardó el nombre de su amada en el anonimato, los curiosos no tardaron en identificar de quién se trataba. El trabajo de Gabriela Cano permite hoy que esta mujer no quede reducida al papel de amasia, con toda la carga de prejuicios que tal rol implica, así sea el de manceba del arrogante filósofo, pues no es lo mismo serlo de un pensador como Vasconcelos, que de un hombre común y corriente. Hasta en esta elección se advierte la peculiaridad de esta mujer; no fue la querida de un cualquiera, sino de una de las lumbreras mexicanas del siglo XX. Ahora recupera su personalidad, bastante más compleja que la de una mujer sin escrúpulos que sostuvo una relación con un hombre casado, como esquemáticamente muchos pudieran suponer. Ya no será más Adriana, ha vuelto a ser Elena Irene Arizmendi Mejía, Elena Arizmendi, gracias a Gabriela Cano. Este libro no sólo recupera al personaje a través de una biografía documentada y clara, sino que, para beneficio del lector, ubica históricamente las actividades que Arizmendi emprendió, y profundiza con seriedad y rigor en la problemática social, política y aun económica que Elena enfrentó y *quiso* enfrentar, porque arrestos no le faltaron.

Capítulos cortos y amenos van dando cuenta de las diferentes etapas de la existencia de Elena Arizmendi. La vida familiar de niña en la ciudad de México y en Oaxaca, en la hacienda de Ayotla de su abuelo, el reconocido general Ignacio Mejía, muestra una educación peculiar, aunque estuviera dentro de los cánones femeninos de la época. Su madre murió cuando ella era muy joven, sólo catorce años, lo que obligó a que su carácter se forjara. Si bien se hizo cargo de la familia por un tiempo breve, se casó muy pronto para alejarse del nuevo matrimonio de su padre; un parto malogrado y el maltrato físico que le infligía el marido la orillaron al divorcio legal. Como bien se sabe, era una opción escasamente elegida en esa época, lo que muestra que era una mujer que no se arredraba fácilmente. Pronto volvió a casarse, quizá en Estados Unidos, mientras estudiaba enfermería, pero enviudó. Su decisión de estudiar fue de tal magnitud que recuperó parte de una herencia para hacerlo y, dentro de las limitadas opciones educativas que se le ofrecían a una mujer, eligió una profesión científica

que se sustentaba en el "sentimiento cristiano de amor al prójimo" y, como refuerza la autora, cuya identidad profesional partía de "un discurso de género que exaltaba el desprendimiento y la autonegación como cualidades intrínsecamente femeninas" (p. 53).

El hecho es que esta formación le permitió a Elena abrir sus horizontes, no sólo porque la capacitó formalmente para trabajar, sino porque pudo vivir en otro país, en San Antonio, Texas, y conocer un ambiente diferente al mexicano. Precisamente en esta ciudad fue donde conoció a Francisco I. Madero y a su esposa, doña Sara Pérez, en los últimos meses de 1910. En esa época, Madero y Vasconcelos estaban estrechamente ligados. Este había sido el director de *El Antirreeleccionista*, periódico destinado a dar a conocer los postulados y principios de campaña de la agrupación del mismo nombre. Como muchos otros integrantes de la clase media urbana, Arizmendi se prendó de las ideas de Madero y fue una correigionaria más del antirreeleccionismo. Además, sus antecedentes familiares abiertamente liberales, por el abuelo, facilitaban esta toma de posición. No fue la única mujer que lo hizo; recuérdese que hubo varios clubes políticos integrados por señoras, que desafortunadamente no han sido estudiados a fondo, pues, al parecer, sin reivindicar los derechos políticos de las mujeres, sí expresaban su acuerdo con los planteamientos maderistas. La propia esposa de Madero, como Elena Arizmendi, era peculiar. Si doña Carmelita Romero Rubio era el modelo de esposa religiosa, distinguida y ejemplar que, sin hijos, se había ocupado de los de don Porfirio, y lo acompañaba discretamente en la vida social, Sara Pérez era también la acompañante de su esposo, pero de manera más abierta, pública, a su lado siempre en las giras políticas y en los momentos de peligro, en prisión, en la toma de Ciudad Juárez o pugnando por recuperar el cadáver de su esposo. Incluso, se sabe que cuando Madero se dirigía del Castillo de Chapultepec a Palacio Nacional, ante las noticias de que este había sido ocupado por fuerzas militares sublevadas, doña Sara quiso acompañarlo. Al lado de su esposo también realizó una labor filantrópica muy intensa.

La amistad con los Madero condujo a Elena a tomar la iniciativa de fundar la Cruz Blanca Neutral para ayudar a los heridos y enfermos que la revolución arrojó como uno de sus saldos, en

virtud de que la Cruz Roja, tomando partido, sólo apoyaba a los federales y no a los revolucionarios. No obstante los objetivos de actuar con imparcialidad y con total neutralidad, no podía esperarse tal comportamiento de una institución que nacía bajo el sino maderista. Como efectivamente ocurrió, Arizmendi muy pronto tuvo que enfrentar acusaciones de parcialidad y la animadversión que causaba su presencia protagónica y femenina —inaceptable en un ámbito controlado por hombres—, por lo que fue prácticamente arrojada de la agrupación que ella misma creó.

Evidentemente se trataba de una mujer que llamaba la atención y a quien le gustaba atraer las miradas. Aunque, por las fotografías, en mi opinión no se trataba de una mujer hermosa, debió haber sido una mujer atractiva que gustaba a los hombres. Breve cintura, grandes caderas y un pecho prominente, al mismo tiempo que asumía una actitud coqueta, segura de sí misma, sin duda provocaba las miradas masculinas. Cano registra que, además de la pasión de Vasconcelos, supo arrancar suspiros del general Mateo Almanza y de Martín Luis Guzmán, otro gran pensador y escritor, y alguna reacción de Sir Ernest Shackleton, el explorador del Polo Sur, todo ello sin contar los tres maridos que llegó a tener y los hombres que no quedaron registrados en ninguna parte. En su afán de ambientarnos con mil y un detalles que nos permiten comprender las relaciones de género imperantes, los clichés dominantes sobre los diferentes tipos de mujer —algunos de ellos vigentes hasta nuestros días—, la autora en su texto alude a algunos boleros de Lara, como canciones que exaltaban las pasiones ilícitas y escandalizaban a la gente decente, mismas que ahora sólo son maravillosamente cursis y hasta tiernas. Elena Arizmendi pudo ser, precisamente, la Señora Tentación del músico poeta:

Señora Tentación,
de frívolo mirar,
de boca deliciosa,
ansiosa de besar.

Mujer hecha de miel
y rosas de botón.
Mujer encantadora,
Señora Tentación.

Romántica mujer,
si fueras mi expiación.
Quisiera tu sonrisa,
ceniza de ilusión.

Quisiera el sortilegio
de tus lindos ojazos
y el nudo de tus brazos,
Señora Tentación.

Elena Arizmendi, conocedora de su efecto sobre los hombres y atenta a su sexualidad, después de un divorcio y un marido muerto, y con 27 gloriosos años, prefirió incursionar en los difíciles terrenos del amasiato, que matar su sexualidad. Me parece que dar este paso, sin mantener después el cartabón de la mujer fácil que una vez caída sólo tenía como futuro la prostitución, así fuera elegante, muestra la fortaleza del carácter de la biografiada. Asimismo, podemos suponer que mujer inteligente, ávida de conocimientos y reconocimiento, no sólo disfrutó y sufrió una relación apasionada —porque, creo, la pasión tiene, por lo menos, dos caras: la del deleite y la de la angustia—, sino que desplegó sus inquietudes y aprendió todo lo que le fue posible al lado de Vasconcelos. Este, además de reconocer que era una mujer atractiva, aseguró que gozaba de su buena conversación, y que "gustaban de las mismas cosas; se enternecían ante los mismos espectáculos; los autores favoritos de uno, lo eran también del otro" (p. 114). Pero insisto, lo importante es que después de que Elena se separa de su amante fue capaz de seguir su vida en Nueva York, alejada de los estigmas, proponiendo nuevas iniciativas y volviendo a casarse en 1918. Aunque parece que no estaba hecha para el matrimonio, pues volvió a separarse tan solo cuatro o cinco años después, para finalmente enviudar.

Vivir en la gran metrópoli le impuso nuevos retos a Arizmendi, quizá el más importante fue adquirir una conciencia hispanoamericana, aunque también deba considerarse la vida familiar, la necesidad de trabajar para su supervivencia, la soledad. Pero no se dejó abatir; impresiona su fortaleza. Además de convertirse en periodista y escritora, dio salida a sus inquietudes feministas, convirtiéndose en la principal impulsora de la Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, también conocida por un nombre bastante extraño: Liga de Mujeres de la Raza. Me pregunto, ¿mestiza? o ¿latina? Esta agrupación era "una red de intercambio cultural orientada a fomentar lazos de unión en torno a un proyecto de emancipación feminista enraizado en los valores culturales de Hispanoamérica", dirigida a mujeres de clase media y que llegó a contar en 1923 con una publicación subvencionada por el consulado de México en Nueva York. Surge la pregunta inevitable, ¿estaba Vasconcelos detrás de este apoyo o es mera coincidencia que en ese momento él fuera Secretario de Educación Pública?

Sorprende que Elena se mantuviera firme y no se dejara avasallar por el movimiento sufragista estadounidense, que percibiera con nitidez que las hispanas y las hispanoamericanas poseían otra cultura y que su actividad reivindicadora tenía que partir de esta base. Como bien observa la autora, era una Hispanoamérica rodosiana que más que una entidad geográfica, era "un espacio espiritual compartido, más poderoso que las divisiones políticas" de las naciones.

¿Qué decir de las entretelas de las reuniones feministas, las problemáticas que abordan y las posiciones de sus lideresas que tan bien explica Cano? Solamente que deben ser leídas. Entre otras cosas, permiten apreciar la dimensión que logró alcanzar Elena Arizmendi y que nos es tan desconocida. Desconocida hasta ahora, merced al libro de Gabriela Cano. Para completar las sorpresas de las actividades de Arizmendi, sólo queda mencionar que creó una Liga Internacional Demócrata para apoyar la candidatura de Abraham Greenberg a la presidencia de Estados Unidos.

En fin, no me voy a detener en contar los pormenores de cómo se fue desarrollando la vida de Elena, eso lo hace

el libro de una manera muy amena en la que lo temático y lo cronológico se van entretrejiendo para conocer con detalle los ámbitos en los que esta mujer se vio inmersa. Sólo deseo resaltar que, hábilmente, Gabriela Cano va trazando a lo largo del libro un esbozo de unas cuantas páginas del propio José Vasconcelos, que resulta muy interesante, pues sin constituir una biografía, este trazo permite establecer una comparación de cómo vivían su vida una mujer y un hombre que en algún momento habían sostenido relaciones de pareja. Por momentos la lectura me dejó la sensación de que la huella de Vasconcelos era muy fuerte por las posiciones que adopta Arizmendi, tan cercanas en contenidos a las ideas del maestro, y de que quizás mantenían cierta comunicación que es todavía desconocida. Por ejemplo, salta a la vista la cercanía que ambos tuvieron con el movimiento cristero en sus postrimerías, aunque probablemente sólo fuera uno más de los puntos en común que los identificaban.

Finalmente, Elena Arizmendi regresó a México a vivir sus últimos años con su familia, ilusionada por la oferta de Cárdenas de reconocer el derecho al voto femenino. Murió sin poder sufragar, pero pudo cosechar algunos reconocimientos: el nombre de una calle, su papel en la fundación de la Cruz Blanca, si bien por temporadas volvía a recordarse que había sido la amante de Vasconcelos.

Interesante vida la de Elena Arizmendi, que hizo lo que hizo porque todo estaba dentro de sus posibilidades: inteligencia, formación, ideología, fortaleza, empuje, entereza, audacia. Estas cualidades le permitieron vislumbrar que su vida y la vida de las otras mujeres podía y debía ser diferente; si no hubiera estado dentro de sus posibilidades se hubiera conformado con ser un ama de casa humilde y sumisa más acorde con los tiempos que le tocaron vivir.

No quiero concluir sin señalar que si bien he mencionado la amenidad, sencillez y claridad del trabajo, esto no quiere decir de ninguna manera simpleza, esquematismo o frivolidad. Por el contrario, Gabriela Cano nos brinda una rigurosa investigación que recopila de una manera minuciosa una gran cantidad de información dispersa en numerosos libros, archi-

vos y personas. Sólo una enorme paciencia y tenacidad hacen posible llevar a término un trabajo de esta naturaleza. Además, en todo momento se incorpora la información contextual que explica al personaje desde una perspectiva de género que nos permite comprender los diferentes paradigmas existentes sobre la mujer y su desempeño social, y las diversas visiones que se confrontaron en el afán de emanciparla.

Pero, además, la inteligente solución de entrelazar la biografía de Elena Arizmendi con algunas facetas de la vida de José Vasconcelos —no las más conocidas, no las mejores (por ejemplo Vasconcelos consideraba que, imposibilitada para tener hijos, Elena era la amante perfecta)— hace posible observar la asimetría de las relaciones de género.

Asimismo, Gabriela Cano exprime al máximo la novela prácticamente autobiográfica de Arizmendi para enriquecer la presentación del personaje y facilitar su comprensión. Para finalizar, *Se llamaba Elena Arizmendi* de Gabriela Cano —título que indiscutible y deliberadamente evoca el libro *Se llamaba Vasconcelos* de Joaquín Blanco, y los enlaza, como enlazados estuvieron los amantes— es, en mi opinión, un excelente trabajo biográfico, el excelente trabajo de una historiadora. Hay que leerlo, se aprende y se disfruta ●

Gabriela Cano: *Se llamaba Elena Arizmendi*. Tusquets, México, 2010 (Colección Centenarios).

DEBATE FEMINISTA felicita a nuestra querida
compañera Emilienne de León por su nombramiento
como directora del Instituto de Liderazgo
Simone de Beauvoir.